

## LISTA

## DE SUSCRITORES AL MONUMENTO DEL FUNDADOR

	Papel moneda
Vienen de las listas anteriores.....	\$ 83,967
Enrique Monsalve.....	500
Manuel Gregorio Salazar.....	500
Luis Febres Cordero.....	500
Maximiliano Grillo.....	500
Manuel González Borrero.....	520
Luis Cervo Márquez.....	2,000
Enrique Uricoechea.....	1,000
Manuel Torrijos.....	50
Suma.....	\$ 89,537

## UN PRIMOROSO LIBRO

[Nuestro querido amigo, colegial y comprofesor D. José Miguel Rosales, acaba de publicar, en Barcelona, con el título de *Historias y Paisajes* (Imprenta Henrich, páginas 242 en 8.º), un libro primoroso por el asunto, por el desempeño, por la impresión, por los cincuenta y dos lindos y correctos fotograbados que lo adornan. Va precedido del prólogo que insertamos en seguida, escrito por el eminente poeta, prosador y crítico D. Antonio Gómez Restrepo, Catedrático del Colegio del Rosario y actual dignísimo Ministro de Instrucción Pública.]

El autor de este libro no ha sido escritor de profesión, ni ha mostrado nunca pretensiones de literato: hombre modesto y estudioso, ha consagrado las horas que le dejan libres sus diarias ocupaciones de profesor, á lecturas referentes á la naturaleza, á la historia y á las tradiciones de la Patria; ha completado esas lecturas con excursiones á sitios consagrados por la fama; y como resultado, nos ofrece este libro, formado insensiblemente de artículos escritos en diferentes ocasiones; y en el cual se revela como

escritor verdadero, como distinguido y correcto artista de la palabra.

Aunque concedores de las dotes intelectuales de nuestro amigo Rosales, debemos confesar que la lectura de su libro nos ha causado una agradable sorpresa: porque no bastan la inteligencia ni la consagración para formar un escritor; y hay personas que manejando la pluma constantemente, no aciertan á dominar jamás la lengua, y se sienten presos entre la malla inextricable de las palabras. En los escritos de Rosales no se advierte la huella de la indecisión ni el esfuerzo; su estilo es fácil y elegante, correcta la lengua y artística la composición de sus cuadros. Su libro no es una agrupación de trozos inconexos: aunque presenta una agradable variedad, se descubre en él cierta unidad de propósito; su lectura agrada é instruye, y al finalizar la última página, el lector no considera que ha empleado su tiempo en una tarea fútil ó enojosa.

Los recuerdos históricos, los relatos legendarios, los cuadros de la naturaleza, tienen siempre atractivo sobre la inteligencia y la imaginación de los lectores cultos. Agrada el trasladarse á épocas lejanas y refrescar el ánimo, cubierto con el polvo de la lucha diaria, en las fuentes vivas de la tradición, engendradora de temas poéticos. Y la descripción de las bellezas naturales, cuando revela la impresión directa y está hecha por quien sabe sentir las y comprenderlas, es causa de dulces emociones, no sólo para el alma, sino para los sentidos, pues goza la imaginación poniendo delante de los ojos esos panoramas que el arte ha revestido de mágicos y sugestivos colores. Rosales ha sabido agrupar en un mismo cuadro datos históricos, reminiscencias legendarias y toques descriptivos, sobrios y originales, ofreciendo un conjunto tan pintoresco como agradable.

Rosales ha estudiado nuestros historiadores y cronistas y ha acudido frecuentemente á los datos de la tradición. Con esto queda dicho que no ha pretendido sentar

plaza entre los investigadores de primera mano, cuya principal tarea consiste en explorar los archivos, en busca del documento original, del manuscrito auténtico, que ya confirme las conclusiones aceptadas por los otros historiadores, ya arroje nueva luz sobre hechos deficientemente conocidos ó mal juzgados, ya permita rectificar errores que han pasado de generación en generación como moneda corriente, al amparo de la pereza y del espíritu de rutina. En este trabajo de investigación de los documentos originales, está empeñada la escuela histórica modernísima, que ya casi no aspira á conquistar laureles en el campo del arte, como los maestros anteriores y quiere encerrarse en el recinto de la pura investigación científica. Nuestra historia requiere, como ninguna, un trabajo de renovación de este género, porque ni nuestros archivos han sido suficientemente explorados, ni se ha empleado, por lo general, en estos trabajos, un método preciso y riguroso. Y la verdad es que los que no somos especialistas en estas materias, solemos encontrarnos perplejos en presencia de ciertos relatos que pasan generalmente como históricos, pero que no hemos visto confirmados con la exhibición de documentos que en estos casos sería de rigor.

Los trabajos de pura erudición suelen carecer de atractivo literario: están destinados para los especialistas. Para citar uno de los nombres más famosos en los anales de la historiografía moderna, es evidente que Teodoro Mommsen debió principalmente su reputación universal á su obra de conjunto, aunque sea deficiente en la parte analítica en opinión de Guillermo Ferrero, más bien que á sus inmensos trabajos epigráficos y arqueológicos en que agotó la ciencia de su edad madura. Y el propio Ferrero lamenta que ese aparato colosal no hubiese sido organizado por su autor para sustituir con una Historia verdaderamente científica el glorioso trabajo de su juventud.

Descendiendo de estas alturas y refiriéndonos á producciones relacionadas con nuestra historia, parécenos evi-

dente, por ejemplo, que la monografía sobre Juan de Castellano del docto americanista D. Marcos Jiménez de la Espada, es obra de grande interés para el erudito de profesión, ávido de comprobar nombres y fechas; pero no es lectura agradable si se la compara con el estudio de D. Miguel Antonio Caro, que es una verdadera joya literaria, y que, como tál, tiene valor permanente, aunque algunos de sus datos históricos aparezcan rectificadados en el folleto del Sr. Espada.

No le pidamos, pues, á Rosales más de lo que él quiso poner en su libro; ni entremos á despertar dudas sobre algunos de los hechos que narra, discutiendo, por ejemplo, si dijo la verdad Rodríguez Fresle, á cuyo parecer se arri-ma nuestro autor cuando contó que Jiménez de Quesada "fue á la Corte á sus negocios, en tiempo en que estaba calutada por la muerte de la Emperatriz; y dijeron en este Reino que el Adelantado había entrado con un vestido de grana que se usaba en aquellos tiempos, con mucho franjón de oro, y que yendo por la plaza lo vido el Secretario Cobos desde las ventanas de palacio, y que dijo á voces: '¿Qué loco es ese? échen ese loco de esa plaza,' y con esto se salió de ella;" ó si lleva razón Jiménez de la Espada, quien, después de llamar "chismoso escritor" á Rodríguez Fresle, comenta su relato con franqueza española en estos términos: "La paparrucha es tan gorda, que sólo su tamaño me explica el que se le haya dado crédito. ¡Cobos, el veracísimo Cobos, llamar de loco y echar de sí á un hombre que llevaba de presente un tesoro de piedras preciosas! En pelota, no digo yo vestido de grana le hubiera recibido, y el Emperador, á pesar de su luto y viudez, se hubiera holgado con la originalidad del Conquistador del Nuevo Reino. Además, Jiménez de Quesada era sujeto de clarísimo juicio, de mucho mundo, galán y ostentoso en su porte, sabía que la Emperatriz era partida de este mundo unos seis meses antes que él llegara á Sevilla, y había de haber desaprovechado la ocasión de lu-

cir un magnífico traje negro, más elegante entonces que e de grana, si es que se propuso llamar con su atavío la atención de los cortesanos?" (1)

Algunos de los temas tratados por Rosales ya habían sido tocados por otros escritores: la historia del Virrey Solís había dado materia á un interesante estudio de D. José Manuel Marroquín, y la tradición referente á la imagen de la Virgen del Campo fue contada por D. Ricardo Silva en uno de sus más delicados artículos. Otros puntos pueden también encontrarse en uno de los libros que mayor interés ofrecen para los bogotanos; obra tan interesante y nutrida de datos como de agradable lectura: las *Crónicas de Bogotá y de sus inmediaciones* por el Dr. Pedro María Ibáñez, benemérito de nuestra historia nacional por sus patrióticos y afortunados estudios.

Pero Rosales sabe darles novedad á sus temas, como lo vemos en el artículo titulado *Tequendama*, que á pesar de referirse á un asunto tan explotado y que ha inspirado, páginas tan clásicas como la conocida de Caldas, ofrece toques nuevos é interesantes, mezclando la descripción del paisaje con los recuerdos mitológicos de los chibchas y presentando un conjunto artístico, que le ha merecido al autor elogios de algunos de los grandes maestros que aún tenemos en materias literarias.

Las ilustraciones que lleva el texto y que han sido es cogidas con mucho acierto por Rosales, realzan el interés de la relación y aumentan el atractivo de este libro que bien puede figurar, no sólo en la biblioteca de los hombres, sino en los perfumados estantes de las damas. Y aunque el asunto sea nacional, estos estudios llamarán la atención en las Repúblicas hermanas y en la misma España, porque el autor describe en ellos maravillas naturales de universal reputación y relata crónicas que hablan al corazón de todo individuo que tenga en sus venas sangre de nuestra raza. Creemos, pues, que este libro, presentado al pú-

(1) *Juan de Castellanos*. Madrid, 1889. Pág. 49.

blico sin presunción por su autor, tendrá éxito muy satisfactorio, mayor quizá del que el propio Rosales ha esperado; al revés de lo que ocurre con ciertos libros, que se lanzan al público rodeados de todo el aparato con que se preparan los grandes triunfos y hallan sólo frialdad é indiferencia de parte de los lectores.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Bogotá, Mayo de 1908.

## EL DIVISOR 7

En el número 33 de esta REVISTA publicó el Sr. D. Bruno Restrepo Hernández un ingenioso procedimiento para averiguar cuándo un número es divisible por 7.

La regla del Sr. Restrepo dice así:

*“La condición necesaria y suficiente para que un número sea divisible por 7, es: que si multiplicada la cifra de sus unidades por 2 ó por 9 y deducido este producto de las decenas, centenas, etc., el resultado sea 0, 7 ó un múltiplo de 7; ó que multiplicada la cifra de sus unidades por 5 y sumado este producto con las decenas, centenas, etc., el resultado sea 7 ó un múltiplo de 7.”*

1º Para demostrar este principio empecemos por el factor 2, y observemos que:

El número resultante de colocar un dígito á la derecha de su duplo, es un múltiplo de 7. En efecto:

De 1 resulta 21.  
De 2 resulta 42.  
De 3 resulta 63.  
De 4 resulta 84.  
De 5 resulta 105.  
De 6 resulta 126.  
De 7 resulta 147.  
De 8 resulta 168.  
De 9 resulta 189.